

entonces fue preciso contentarse con admirar á los audaces ciervos, si bien protestando hacerles una mala partida si alguna vez nos los encontráramos en mejores condiciones. Yo cazaba aquel día sin haberme desayunado, sin haber cenado la noche precedente, y despues de cinco ó seis horas de fatiga, ví á unos 500 metros los enramados cuernos de un *maral* que perseguía. Despues de trepar con gran precaucion por espacio de media hora, llegué en fin á su alcance, á ese punto de distancia en que el ojo del animal brilla lo bastante para servir de puntería. Entonces me eché contra tierra, y levantando apenas la cabeza, le apunté con la seguridad de un buen resultado. Y disparé; pero ¡oh desgracia! La escopeta me dió falta haciendo, sin embargo, el ruido suficiente para espantar la pieza. En efecto, el ciervo saltó ahuyentado llevándose en sí mismo mi cena, mi almuerzo y mi comida.

Los cosacos y los calmuco desplegan en sus cacerías un sentimiento mas delicado de las exigencias del honor que muchos de nosotros, los mas civilizados europeos.

Cazaban dos cosacos el maral, para alimentarse en primer lugar, luego para vender su preciosa cornamenta. Ya habian penetrado bastante en el Alató con muy buen acierto en sus disparos, que dormian todas las noches junto á su presa. Una mañana, despues de algunas horas de caza encontraron un magnifico animal, cuyas astas valian, en sentir de ellos, 120 rublos cuando menos (425 francos), cantidad mas que suficiente para excitar su codicia, y en alas de ella persiguieron al *maral* de valle en valle, hasta llegar detrás de él á una alta region muy escarpada. Los dos cosacos no eran de los que retrocedian y treparon cómo y por dónde el ciervo. En vano el animal multiplicaba sus rodeos: siempre dejaba algun indicio de su direccion á los cazadores. Despues del medio día, volvieron á ver los enramados cuernos del ciervo por una quiebra de la montaña limitada por alturas perpendiculares y precipicios. El ciervo no podia escapar. A la aproximacion de sus perseguidores, comenzó á botar por entre las rocas. Los cosacos estrecharon la distancia. De repente se detuvo el maral como vacilando y miró hácia atrás con intencion aparente de desandar sus pasos. Comprendiendo entonces que alguna fiera podría haberla atajado, los cazadores se abstuvieron de hacer fuego y continuaron adelante. El ciervo, presa de un evidente espanto, avanzaba con lentitud cuando dos enormes osos se precipitaron sobre él. El *maral* entonces se lanzó de un salto prodigioso por encima de un precipicio de 33 pies de ancho á la punta de una roca desgajada de la masa principal. Uno de los osos saltando detrás de él, cayó á una profundidad de mas de 400 pies; el otro rugía de rabia al borde del

abismo. Al acercarse los cazadores, la fiera se levantó rugiendo con mas furor, pero una bala le hizo rodar por el precipicio. El maral, miraba desde su roca, y sin ningun temor á los cazadores, que por su parte no dejaban de admirar la belleza de sus formas y el ramaje de sus astas. Digámoslo en honra de ellos, los cosacos dejaron en paz al ciervo y sin embargo valia solo por sus cuernos la paga anual de cinco cosacos. Despues de hacer algunas señales en la roca para encontrar mas tarde el oso, los cazadores pensaron en la retirada, que no era, en verdad, cosa muy fácil: tanto se habian dejado llevar por la pasion de la caza. El día siguiente fueron á buscar los osos al fondo del precipicio, y advirtieron con placer que el *maral* habia vuelto á saltar el precipicio y se habia salvado. Luego que se reunieron con sus compañeros, los cosacos contaron detalladamente la historia del ciervo, á quien dieron desde entonces el nombre de *rey de los marales*.

Aunque, despues de esta anécdota no tenga mucho interés otra del mismo género, vamos á tomarla sin embargo del diario de madama Atkinson.

«En el valle del Boscan fuimos sorprendidos por una tempestad, ciertamente espantosa. Un cervatillo, asustado sin duda por ella, bajó de la montaña y vino á abrigarse á una *yurta*. Los kirghis lo espantaron gritando desaforadamente y los cosacos lo persiguieron hasta una garganta, donde lo cogieron. Cuando Alató se durmió, fui á verle á las tiendas de los cosacos, que procuraban á la sazón hacerle tragar leche que rehusaba el cervatillo. Acerqueme al pequeño, que tambien rehusó el alimento que yo le ofreciera. Juzgando que lo que mas que todo anhelaria era su libertad, hice entender á aquellos hombres que el maral era aun muy tierno para poder vivir sin madre, á lo que respondieron que lo dejarían libre luego que cogieran á la madre, la cual vendría por la noche á la querencia del hijo; que ocultarian al cervatillo y que la cierva no abandonaria jamás aquel paraje sin haber oido la respuesta á su llamada. Mi deseo de ver libre al pobre animal creció otro tanto mas, pues mi corazón de madre padecia conociendo á la vez que no habria dificultad ni peligro que ella no arrostrara por salvar á su hijo. Volví á decir á los cosacos que soltaran al cervatillo y ellos me lo ofrecieron así; pero mas tarde, cuando hubiera pasado la tempestad: en el intermedio esperaban coger á la madre.

Entonces fui á buscar algunas cintas azules y con aplauso de los kirghis se las puse al cuello al cervatillo. Su color formaba un agradable contraste con el de las cintas. Mientras me ocupaba en esto el animalito me miraba de una manera tan dulce con sus grandes ojos, que antes de dejarlo hube de abrazarlo cariñosamente: despues corté la cuerda que lo retenia cautivo. Salí entonces de la tienda y fui á contar á

mi esposo lo que acababa de hacer. De repente oimos un grito por la otra parte: precipitámonos hácia la puerta de la tienda y ví con gran satisfaccion que el cervatillo habia partido hácia la montaña. Los cosacos y los kirghis fueron en su persecucion esperando cogerlo nuevamente. El animalito oia como nosotros la voz de su madre que desde lo alto de la montaña lo animaba á huir. Un mes mas tarde tuve el gusto de saber que se consideraba á mi protegido como un animal sagrado. Un gran número de kirghis lo habian visto con su madre absteniéndose de hostilizarlos. Despues lo encontraron otros ya sin la madre. La historia del animal sagrado se contaba siempre con cierta gravedad. Cuando los cosacos dicen que yo puse al cuello del ciervo las cintas, nadie quiere dar asenso, creyendo mejor que el animal ha venido así al mundo.»

La Rusia entre los kirghis.—Paradas y trombas de la estepa.—Atkinson, jefe de tropas.—Los prisioneros circasianos.

El fuerte de Kopal, que en la época en que yo lo habitaba, era el punto mas avanzado del Imperio ruso en el Asia Central, no lo era ya á mi regreso á Europa.

La invasion gradual de Rusia en aquellas comarcas es incesante. Actualmente, sus avanzadas rodean el macizo del Alató, ciñen el gran lago Issyk-Kool, y desde lo alto de las montañas del Mustan espian y codician las llanuras de Yarkand y de Khasgard. Ya toda la pequeña, toda la mediana y parte de la gran horda de los kirghis, reconocen el poder feudal del gran *czar blanco* y puede mirarse como muy cercano el día en que este ejemplo sea seguido por todo el resto de esa gran familia de nómadas, que dos veces ya ha hecho temblar el mundo bajo las herraduras de sus caballos.

Entre tanto, no hay entre el Altai y los Montes Celestes, los origenes del Yaxartes y los del Amor, un clan, una tribu de nombradía en que Rusia no esté representada por un agente, oficial ó no, pero siempre atendido: no hay jefe, descendiente mas ó menos auténtico de Gengis-Khan ó de Timur que no esté pronto á trocar su independencia nómada y su hacha, por una medalla ó un sable enviado de San-Petersburgo...

En un libro bien conocido en Inglaterra, sir Roberto Peel alaba mucho la habilidad y el hijo la prontitud de los cocheros rusos. Si él ha experimentado tanto placer en atravesar las llanuras de la Rusia con la rapidez del cazador de zorras, yo le recomiendo un galope con los cosacos por las planicies del Asia Central: que se haga conducir por sus caballos, tan impetuosos como caballos de carrera, tan ágiles como ciervos, llevados por la brida, sin látigo, porque basta

una palabra para moderarlos ó precipitarlos. Muchas veces he recorrido el país con tan nobles animales, sin que ninguno de ellos se rindiera nunca.

Habiendo abandonado á Kopal para ir á Semipolatsk en el otoño de 1850, viajábamos en ligeras *tarantas*. Un día fuimos con caballos cosacos hasta un *aul* distante cerca de 60 *verstas* de la última parada. Ya en la estacion, nuestros guías nos dejaron para restituirse por la mañana á su puesto, y el jefe del *aul* nos dió caballos y escolta de kirghis, que con ayuda de nuestros dos cosacos engancharon seis caballos á nuestra *taranta*. Uno de nuestros dos hombres tomó posesion del pescante y las riendas de los dos caballos de vara y cuatro kirghis montaron los otros; pero todos los esfuerzos no bastaron para hacerles andar.

Irritado el jefe por el contratiempo hizo añadir al tiro otros seis caballos: los doce corceles y los hombres que los montaban hacían un singular contraste con nuestro débil vehículo; pero el jefe creía que era caso de honor y aun hizo mas, pues dispuso que los doce caballos y los seis postillones que los montaban fueron flanqueados por una doble fila de ginetes. Cuando se dió la señal de la partida, los caballos se encabritaron los unos por un lado como para sustraerse de las cuerdas que los sujetaban, y los otros por otro. ¡Inexplicable confusion! Los caballos delanteros se volvieron hácia nosotros, como para pedirnos que los montáramos mas bien que sujetarlos á tan insólito yugo. Despues de infinitos esfuerzos se consiguió ponerlos en línea y acabaron por lanzarse al galope entre la gritería de los ginetes no menos salvajes que ellos.

Fue aquella una escena que no olvidaré jamás. Nuestros guías entusiasmados, no tenían el menor cuidado por los choques y vaivenes de la *taranta*; y para nosotros era un negocio serio el poder sostener el equilibrio. Los caballos rivalizaban en ardor como en un hipódromo, y en hecho de verdad aquello mas parecia una carrera que un viaje. Despues de una hora de galope, comenzaron á ceder, bien que de vez en cuando alguno de los caballos demostraban eficazmente su deseo de escapar para correr en libertad por la inmensa llanura. Cuando ya cerrada la noche, llegamos á la parada, nuestros doce corceles estaban blancos de espuma. Hé aquí lo que los kirghis saben hacer con caballos que jamás se han uncido; pero hay que convenir en que un paseo como el nuestro es demasiado peligroso para ser agradable y juzgamos lo mas prudente abstenernos de una segunda prueba.

Por rápida que fuese nuestra carrera, hubo un momento en que por nuestra seguridad hubiéramos querido precipitarla aun: cuando pasábamos por medio de un espacio lleno de montecillos de arena, vimos de repente elevarse sobre nuestras cabezas unos treinta de ellos, prolongarse en columnas elípticas

y deslizarse en remolinos por el suelo del desierto con las contorsiones y silbidos de gigantescas serpientes que se hubieran irritado á nuestra llegada. Aquellas trombas, que no eran otra cosa tales fenómenos, tenían de 6 á 8 metros de diámetro, las mas bajas 20

ó 30 pies de altura y algunas subian hasta 100; una en fin, que absorbía en su enorme manga todo lo que encontraba cerca, llegó á elevarse á unos 200 pies. Hubiérase dicho al verlas inclinarse, subir y crecer en el espacio en medio de una atmósfera de polvo,



Kirghis sorprendido por un tigre.

que eran monstruos antediluvianos que surgían de su capa geológica para entrar en la actividad febril de la existencia. Pero muy luego las fuerzas atmosféricas que las levantaron, vinieron á ceder y vimos desvanecerse una tras otra las trombas y volver á formar en la superficie del desierto otros tantos montecillos móviles semejantes á aquellos de que se habían formado.

Mientras yo me dirigía así hacia Semipolatinsk,

ocurría por la parte del Alatai un acontecimiento, que por poco que hubiera sido explotado por la delación y la malevolencia, hubiera podido poner término á mis exploraciones y procurarme para el resto de mis días el pan y el abrigo en las minas de la Siberia Oriental á espensas de S. M. I. Una bella noche de setiembre, la tranquila ciudad de Barnaul fue perturbada en su sueño por el galope y gritos de alarma de

una gavilla de cosacos fronterizos que anunciaban la invasión del suelo siberiano por un cuerpo de nómadas que llevándolo todo á sangre y fuego, se dirigía hacia Barnaul. Esta ciudad, gran depósito de las minas del Altai, fuera de otros valores de diferente procedencia, no poseía á la sazón en los almacenes de sus fundiciones, menos de sesenta y ocho millones de francos en lingotes de oro y plata. ¡Qué gran presa, aun para otros héroes que los de la estepa! En breve el miedo abultando como siempre el peligro, y multiplicando al enemigo los soldados, los paisanos, los oficiales de la administración, por lo mismo que nadie lo había visto; el número de los invasores fijado al principio en tres mil salvajes, no tardó en subir á ocho mil hombres armados de carabinas rayadas, bien disciplinados y... ¡conducidos por el inglés Atkinson!...

Y los estafeteros corrieron y se cruzaron órdenes entre Barnaul, Omsk y Tobolsk, y el telégrafo alarmó á San Petersburgo, y las tropas con sus cañones acudieron á la desembocadura del Altai... En fin, hasta el príncipe G. gobernador general de la Siberia Oriental, creyó de su deber instalarse en Semipolatinsk para vigilar mas de cerca el teatro de los acontecimientos y las fronteras de los kirghis. El príncipe no tardó en reconocer la verdadera causa de la alarma, imposible en cualquiera otro país: la causa fue la fuga de unos cuarenta circasianos, prisioneros de guerra condenados á lavar las arenas auríferas de un riachuelo del Altai.

Aquellos infelices, después de largas negociacio-

nes y á precio de oro sisado grano á grano de su trabajo de cada día, se habían procurado de unos mercaderes tártaros fusiles y municiones, y llegaron á sorprender de noche y á algunas millas de sus talleres, un parque de caballos, de los que escogieron los mejores y obligaron á los guardas á acompañarlos en calidad de guías, dirigiéndose todos hacia las fronteras chinas.

Todo al principio parecía favorecer á los pobres fugitivos. Atravesaron los montes *Sayanes* sin obstáculo, y si hubieran pasado el *Tangnu*, se habrían hallado ya al abrigo de toda persecución en el país de los kalkas, desde donde en veinte y cinco días de marcha habrían llegado al seno de las tribus kirghis, que tienen con las del Cáucaso comunidad de lengua y religión: desde allí su vuelta á la patria hubiera sido cuestión de tiempo. Pero, por desgracia, su ignorancia de la geografía local los condujo al Altai, donde dieron en unos puestos de cosacos. Ya se adivina el resto, una vez descubiertos: batidos sin descanso en un dédalo de barrancos sin salida, los desgraciados fueron á caer en una emboscada donde no dieron, ni demandaron cuartel. Todos perecieron, menos cuatro, cuyo destino se ignora.

Tal fue la relación que me hizo en Semipolatinsk el príncipe G. tomando conmigo una taza de té, con gran sorpresa de su Estado Mayor, que ya había mandado un piquete de cosacos para que me llevaran á la cárcel.

F. DE LANOYE.